

Afirmaba Aristóteles que, aún para negar la filosofía, es preciso filosofar. Esta inevitable circularidad del pensar filosófico pasa por ser ahora su vicio, su pecado más grave.

Es que la época actual ha concluido los escrutinios del caso: el siglo ya no consulta —ni se cree obligado a hacerlo— la venerable tradición que arranca de Sócrates; solamente la deja pacer en los rebaños académicos y en los estrados eruditos.

Quedan consagradas, no obstante, las ceremonias de un entierro de lujo: se reconoce que en aquella tradición cobó impulso la cultura occidental pero que la filosofía —en tanto escuela de comprensión o modo de vida— es a lo sumo una reliquia, un generoso anacronismo.

Hoy por hoy, el hombre tiene otras preocupaciones. Para empezar, el pensamiento debe “rendir” beneficios. Por ejemplo, es imperativo (y esto en un sentido que pretende ser elevado) conocer la realidad sobre la que se ha de operar o la que se quiere cambiar. Hasta se celebra la acrobacia de una inteligencia si permite idear nuevas estrategias de construcción —o destrucción— del universo entero.

Un dibujo provisorio de estas consideraciones mostraría que el pensar filosófico, como aprestamiento de los conceptos, es la “prehistoria” de una visión científica de la realidad. El “logos” contemporáneo es actuante; se ha desprejuiciado del lastre metafísico, al tiempo que captura las enseñanzas del método y el lenguaje de las ciencias. Para decirlo con retrospectiva platónica, ha salido de la caverna a enfrentar de una vez la luz del día.

Tal dirección es, en su esencia, compartida por la corriente analítica como por los ortodoxos de la práctica revolucionaria, cierto que con finalidades diferentes. Vale decir que un código común —“hacer del pensamiento un arma útil”— decide el tono y el mismo pathos de la verdad presente, en oposición a un trabajo que tiene dos mil quinientos años de perseverancia pero que no parece ya aportar nada a las polémicas vigentes. Al punto que aventurarse por estos últimos caminos conduciría al espasmo reaccionario o a la ilusión.

No obstante la situación apuntada, existe un hecho evidente que rebasa toda posible discusión y compromete al pensamiento en su seguridad elemental: la presencia de la crisis, esto es, el daño de “algo colocado en el centro de toda manifestación del espíritu” (1), usando las palabras de Norberto Bobbio. La crisis es pérdida de un sostén explicativo, de un fundamento que regule la conducta humana. Y en nuestra época, algo más que eso: es el ritmo desesperante que reproduce y agrava el vacío hasta convertirlo en carrera, vocación y fatalidad. Por eso, no sólo es un suceso del espíritu sino un acontecimiento global, ante el que las fuerzas racionales poco y nada pueden hacer. La impotencia toma, aquí, los prestigios de la maldición. El hombre, habiendo acumulado un enorme poderío material, se siente extraño a sí mismo, impulsado a una búsqueda sin objeto. Ya sea que opte por una actitud de heroísmo o se deslice por la pendiente de la melancolía, es improbable que conjure por estos y otros medios la hostilidad de una crisis que no admite comparación en la historia de su desarrollo.

Si quisiéramos, escapando por igual de síntomas y efectos, denunciar el origen del Proceso encontraríamos los argumentos de la pereza: el hombre mismo es el autor de su crisis —dirían algunos—; la crisis se fue generando solapadamente en la costilla de la civilización y procreó “su” hombre, contestarían otros. ¡Volvemos a las razones del huevo y la gallina!

En este ámbito de seudorrespuestas, las promesas optimistas de la Revolución ideal, los viejos postulados del humanismo, las esperanzas de la ciencia y la simple apelación o la trascendente son gestos disipados por el vértigo de un devenir sin timonel. O, mejor aún, de un timonel apátrida, ciego para su tierra.

(1) Bobbio, Norberto. El Existencialismo. México, F.C.E., 1974. Pág. 17.

LA MAQUINA DEL DESEO

“El hombre de era atómica dado a nuestra época expresa probablemente lo que es” (2), ha sentenciado Heidegger. Con su semidefinición, nos remite a un tema rehusado por el pensamiento actual, exigiendo un encuadre más amplio que el simple reconocimiento de la inmensa capacidad de destruir acumulada por el “animal racional”.

En efecto: más allá de lo grandioso, del portento de sus obras mecánicas y de su potencialidad agresiva, la técnica que acoge estas creaciones y ha podido marcar —con su señorío— el tiempo actual, se nos aparece como el único horizonte posible para meditar nuestra crisis (3).

Pasa con la técnica lo mismo que con los icebergs: sólo se ve su casco emergente; nunca su base, su punto de incrustación en el suelo. Justamente la misión de pensar “lo oculto” (4) en la técnica, el suelo que la fecunda y sostiene, es la tarea de la que no puede desertar el pensamiento contemporáneo.

Ahora bien, lo que constituye la dimensión ignorada —esa opacidad propia del nacimiento y presencia de la técnica —es su esencia misma, aquello que no es pensado. Reconozcamos que no es trabajo sencillo pensar la esencia de la técnica por el mismo hecho que, como hombres de la era tecnológica, vivimos dentro de sus límites y respiramos su mismo aire.

Pero partamos de una comprobación: el hombre no interpela ya a las cosas sino que se relaciona

con ellas a través de una “organización” de lo real, un giro en el propio pensamiento que reduce cada fenómeno a su representación. De esta forma, en tanto “sujeto” tiene que vérselas con “objetos” que pone frente a sí. La naturaleza mediatizada es también un objeto y, como tal, el sujeto de la apropiación, la conquista y explota (5). Y en la misma perspectiva, la aceleración, la novedad y las explosiones de lo diverso se presentan como los heraldos de un nuevo orden en las urbes de la “muchedumbre solitaria” (6).

Es preciso rechazar el lugar común de que la técnica es apenas un medio, para el bien o para el mal, según quién la use. Porque la técnica es un singular “modo de organizar” las cosas y el hombre, ponerlos en vinculación y asignarles un papel. No se trata de apresar el fenómeno de su instrumentalidad sino ese otro, más profundo, de su impulso a planificar, reducir, recuadrar el mundo. El sujeto corresponde, en plena crisis, a tal ímpetu y es incapaz de sacudir las cadenas: su pensar representativo ha desplazado la manifestación de las cosas por el hechizo de su figura racional y su construcción manejable.

De ahí que la representación sea la vía directa y necesaria de la “voluntad de poder”. Supone un acercamiento a la realidad que no deja a las cosas “ser lo que son”. Acercarse es simplemente acortar la distancia entre sujeto y objeto; no habitar entre las cosas, en su verdadera proximidad. Esta operación de abreviar la distancia con el mundo, violentando el ser de las cosas, es el dominio. Y la posición de “dominador” determina al hombre en su intimidad y lo convierte en consumidor de su mundo, antes que en constructor de su sentido y finalidad.

Conviene señalar que estamos viviendo el momento histórico de la formidable comunión entre una voluntad de poder sin metas y la técnica que se aplica a todo. El mundo se “racionaliza” y paralelamente el hombre es expulsado de su lugar natal. Sólo se encuentra a sí mismo en la penuria del desarraigo (7).

(2) Heidegger, Martín. *El Principio de Razón*. Buenos Aires, Argumentos, 1968. Pág. 93. Desde otro ángulo, se han inventado términos como “posindustrial”, “poscivilización”, “pueblo global y era de la electricidad”, “superindustrialismo” con el propósito de caracterizar nuestro tiempo y el tipo de sociedad que genera.

(3) La técnica, como ha señalado Alvin Toffler (“*El Shock del Futuro*”, Barcelona, Plaza y Janés, 1974, pág. 37), “suscita imágenes de humeantes altos hornos o de ruidosas máquinas... Pero este símbolo ha sido siempre inadecuado y ciertamente engañoso, pues la tecnología ha sido siempre algo más que fábricas y máquinas... (estos símbolos) son aún más engañosos en la actualidad, cuando la mayoría de los procedimientos tecnológicos avanzados se realizan muy lejos de la producción en cadena o de los hornos abiertos”.

(4) Heidegger, M. “*Die Technik und die Kehre*”, Pfullingen, G. Neske, 1962.

(5) El agotamiento de las reservas naturales, la polución ambiental y el exterminio de especies vegetales y animales justifica la alarma ecológica y la necesidad de fundar sobre nuevas bases la relación entre el hombre y la naturaleza.

(6) Toffler, Alvin. Op. cit.

(7) Esta situación ya alcanza, en las sociedades altamente desarrolladas, una velocidad impresionante, llevando hasta sus límites extremos la capacidad de adaptación del hombre. Las reacciones del “desarrai-

El sujeto de la técnica ha ensayado sus espesas respuestas a los interrogantes que le plantea la crisis. Su opinión es que hasta liberar las fuerzas concentradas en la naturaleza, dirigir y programar el proceso de expansión de la energía para saludar, un día no lejano, el "mundo feliz" de las utopías científicas. Este proceso será automático y el hombre gozará de la abundancia en un universo sin problemas. Su mecanismo del deseo —entre vibraciones y rotaciones— consumará la simbiosis (ya en formación) con el reino de las máquinas más sofisticadas. Puede que éste sea el "último hombre" de que hablaba Nietzsche: la sonrisa de la Nada frente a una tierra desierta (8).

REDESCUBRIMIENTO DEL HOMBRE

La crítica cultural ha castigado las manías de la razón consumista y todo su cortejo de frustraciones. Lo ha hecho con la misma fuerza —aunque en sentido inverso— con que los propagandistas de sus virtudes celebran su éxito inminente. Sin embargo, apologistas y censores no han reflexionado suficientemente en el problema crucial: la imagen que hoy se tiene del hombre es una sobrevivencia. Acuñada por la Modernidad, edificó el mundo que conocemos. Pero ha llegado a su tope y ha de ser removida si se quiere abrir un porvenir auténtico a la problemática del siglo.

El proyecto de redescubrir al hombre no puede partir de una conversión de éste sobre sí mismo, tal como es en la actualidad. Su insurrección más fecunda consiste en dar un salto sobre lo inmediato para no dejarse atrapar por los hábitos de su propia autorrepresentación.

Así las cosas, la comprensión que el hombre pueda alcanzar de la no-verdad en que se ve englobado —junto a su urgencia de responder por el sentido de la vida, de su ser y del mundo— "vuelven" a ser lo que hay que pensar (9).

gado" son, en las ciudades rápidas", ciertamente activas. Incluso han generado sub-culturas dentro de la Cultura mayor (hippies, motociclistas, devotos del surf, etc.)

(8) Jeleuze, G. y Guattari, R. "El anti-Edipo". Madrid. Ed. Fundamentos. 1975, pág. 28.

(9) Esta comprensión y esta urgencia imponen una ruptura con la cultura y la ciencia secular, funda-

Ya se escuchan los ataques y las letanías de la Oposición. ¿Es que, frente a la crisis, la Filosofía nos recomienda sólo "pensar"? ¿Estamos de nuevo ante el clásico vuelo a las nubes de la especulación? (10).

O la mofa de las vanguardias: los "temas eternos" —repicarán— quisieran resucitar nuestra atención cuando la guerra de ideologías se reparte la verdad del planeta, cuando todo a nuestro alrededor se ordena conforme a la dinámica imperdonable del cambio.

Debemos conceder a estas protestas cierto valor. En primer lugar, es evidente que una filosofía semejante es "inactual". Aunque no en la dirección de una fuga de la historia, sino más bien en ese alejamiento consciente de los "problemas del día" que fuerzan a la mirada parcial. Cuando, para mayor gravedad, esa mirada se refrenda a lo largo de una herencia con vitalidad en el presente, buscar la plenitud de lo real equivale a romper con el "ahora" recibido. Al mismo tiempo, habrá que situarse frente al movimiento histórico en una actitud fundacional: importa redescubrir la figura humana en su verdad. Sólo en esa inquietud se pueden establecer las prisas y los intervalos.

Por otra parte, se ha estado demasiado ocupado quizá en la acción y se ha reflexionado muy poco en el curso del devenir humano. De modo que los alarides contra una "vuelta al pensamiento" son de una procedencia dudosa. Sobre todo porque se mantienen dentro del cuadro del pensar representativo, dividiendo teoría y práctica en forma arbitraria y tajante, Una filosofía intempestiva sabe que el pensamiento no es un quehacer distante de la práctica, sino que está entretreído con la acción en las diferentes etapas de su desenvolvimiento (11).

mento de la imagen tradicional del hombre. Precisamente, la ciencia "que ha conseguido un cierto nivel de formalización comienza a funcionar, desde ese mismo nivel, con eficacia suficiente como para no necesitar recurso alguno a un nivel primitivo y fundamentador" (Lledo, Emilio. *Filosofía y Lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1974, pág. 15). Desasistido de todo anclaje científico; instrumentalizado en su pensar, en su lenguaje y su sensibilidad, el hombre actual se ve sacudido por el flujo y reflujo de una existencia inestable y compleja.

(10) La reacción ante el anacronismo de la crítica filosófica es un tópico común de tecnócratas y científicos.

(11) La vuelta al pensar no es nunca una empresa aislada; al contrario, se enlaza con las formas activas de

Para quienes ponen toda su atención en las aventuras de la política, en la confrontación de fuerzas banderizas armadas hasta los dientes, la filosofía inactual tiene una contestación: los finales del siglo XX han vuelto irreconocibles los problemas que el hombre se empeña en resolver según fórmulas que remozan promesas de tiempos pasados o arrestos de barbarie que duran pocos segundos bajo el sol.

La amenaza concreta de una devastación de la tierra y la posibilidad de una conciencia planetaria son, por ejemplo, cuestiones que no pudieron anticipar los pensadores del pasado y que apenas se co-

mienzan a entrever en el horizonte problemático de una "verdadera actualidad". La apertura a estas novedades reconfigura el conjunto de preocupaciones que hasta ahora condujo el hombre, sin anular sus cuentas pendientes, sus auténticas e irrisorias preguntas, sus conclusiones y silencios.

Queda por decidir si esta filosofía intempestiva hará sentir su peso, su gravedad en el crepúsculo de la Civilización; si, como ocurre con el ensueño de los poetas, podremos asediado la Esperanza convencidos que "el año del alma empieza por un paisaje de otoño" (12).

proyección a un futuro que —en el interior de la época actual— implican una ruptura interior, un ensayo de superación de la crisis. Ambas direcciones abjurán de una dinámica sin contenido, de un discurso sin objeto, de una evolución sin destino.

(12) Stefan George: *Das Jahr der Seele*.